



# LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES

Por el Dr. G. Feydoux

## La Tragedia de los Campesinos y de los Niños que Trabajan.

(Continúa)

las ciudades; el campesino siciliano no habita en el campo.—Esta costumbre prevalece aún en una notable parte del litoral, alrededor del Etna y en algunos pequeños oasis del interior de la isla.—Salvo en unos pocos sitios, no se ven aldeas o habitaciones aisladas. En el interior, "se puede andar a caballo durante cinco o seis horas sin encontrar un árbol o una morada campesina". El labriego pernocta en la ciudad, albergándose en un cuchitril de cualquier calle infecta. Este singular fenómeno es debido en parte a la insalubridad y a la poca seguridad de los campos. Los sicilianos suelen decir: "El campesino no ama al campo". Que sea por necesidad o por gusto, la consecuencia es la misma; el campesino está condenado a no poseer sino mínimas parcelas de tierra.

La masa de la población agrícola debe, pues trabajar para otros y se convierte en la presa de una categoría de individuos engendrados por las circunstancias para servir de intermediarios entre el propietario ausente y la mano de obra. Es la clase execrada de los **gabelloto**, raza de sanguijuelas, dignos, a pesar de todo, de compasión si pensamos en el tesoro de odios amasado por estos imprudentes en almas salvajes, que no tendrán piedad ninguna el día que sacudan sus largos hábitos de paciencia y de resignación. Si las **jacqueires** profetizadas por tantos escritores llegan a estallar, no es necesario decir quiénes serán las primeras víctimas. Los **gabelloto** lo saben muy bien, pero están cogidos por su mismo engranaje. Ellos mismos sufren con las crisis y ya no cuentan siquiera las ruinas que causan. Procuran salvarse cortando una tira más de pellejo a sus deudores y éstos se las harán pagar con usura el día de la justicia popular.

La industria del **gabelloto** consiste en arrendar al gran propietario un pedazo de su dominio que luego subarrienda cuando el campo no está le-

jos de la ciudad, o que él mismo explota por medio de jornaleros, gracias a ciertas combinaciones de que hablaremos luego. Las condiciones del subarriendo son variables. Por regla general, la suerte del arrendatario puede no ser mala en las regiones de viñedos y de olivares donde las fuentes de beneficios son múltiples. Pero ya no es buena, sino lamentable, cuando la tierra no admite más cultivo que el de los cereales. **Gabelloto** y subarrendatario se reparten el higo por la mitad. Según Vallari, el **gabelloto** recibe dos tercios del grano y a veces más, pero esto es excepcional. Sucede también que el subarrendatario se compromete a dar una cantidad fija de cereales. Recordemos una vez más que la diversidad de los contratos es muy grande. De todos modos lo que le queda al campesino se reduce a nada o poco menos, y he aquí cómo:

En primer lugar se extrae de su parte una larga lista de diezmos: a éste a aquél, a la Virgen, al santo patrono del lugar, etc. La mayor parte de estos diezmos son de origen muy antiguo.

Luego se le arrebató la simiente o la mitad de ella, porque el **gabelloto** se le había anticipado y se la reintegra con un 25% de interés.

Después viene el reglamento de los socorros o anticipos, sin los cuales el campesino no podría esperar al final de la cosecha, y los cuales se obliga por contrato pedirlos únicamente al patrono. Este se cobra en especies, con un interés que nunca es menos del 20% aunque los anticipos no hayan sido nada más que por durante dos o tres meses.

En lenguaje de **gabelloto**, a esto se le llama un reparto por mitad. Paso en silencio los casos en que por un ardid cualquiera, la medida destinada al patrono contiene más grano que la medida atribuida a su víctima. Supongo la ejecución honrada de un contrato deshonoroso. ¡Feliz el campesino al

cual le queda un puñado de trigo después de estas extorsiones impías! Afortunado el que no alquiló la tierra a un **subgabelloto** y no tiene más que una sanguijuela para mantener. Muchos salen de la empresa con deudas, a merced del patrono, que les embarga sus animales de labor o les presta de nuevo recargando la usura hasta lo inverosímil.

Si le quitan sus animales de labor, el campesino se trueca en simple jornalero y tiene que alistarse en una cualquiera de las brigadas que van a labrar y segar en los terrenos apartados de las ciudades. La estación de los trabajos dura cuatro meses, durante los cuales el obrero agrícola se alberga en cabañas improvisadas, en tan malas condiciones que a menudo vuelve con las fiebres. No hace mucho tiempo que en estos trabajos ganaba de 2 a 3.50 pesetas durante la siembra y las cosechas y era obligación del patrono darle la comida. Pero es tal la competencia creada por la miseria, que actualmente se obtiene un bracero por 40 céntimos diarios. Un segador trabaja diez y seis horas diarias, bajo un sol casi africano, por una peseta, por 75 céntimos.

Terminada la época de los trabajos, después de cuatro meses, llega a su casa con menos de 100 pesetas y sabiendo que ya no tendrá trabajo hasta la estación próxima.

¿Qué hacer en una ciudad de 10 a 15,000 campesinos, sin comercio ni industria? Y tened en cuenta que el infeliz tiene familia, un alquiler e impuestos a qué atender. En este caso se os ofrece "hacer cualquier cosa a cambio de un pan" y a veces ni esta "cualquier cosa" es posible. Una vez pregunté a una muchacha: "¿Qué hacen aquí?" y me respondió con calma, como de una cosa lo más natural del mundo: "Aquí se muere de hambre". ¡Y esta misma muchacha ganaba tres pesetas al mes y era todo el sostén de una familia!

(Continuará).